

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: Deberes de la Mujer, por don A. Pirala.—Poesía, por don Francisco Vicens.—El Incógnito, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—De los Adornos, por don C. Rubio.—Labores, por doña Joaquina García Balmaseda.—Modas.—GRABADO: Dibujo de Labores.

INSTRUCCION.

Deberes de la Madre.



ON tan importantes y tan graves los deberes de una madre para con sus hijos, que nunca está demas cuanto insistamos sobre este asunto, que tanto afecta al porvenir de la familia y al de la sociedad, en la que se reflejan las costumbres públicas.

Si no pueden agradecerse debidamente los continuos desvelos, las fatigas, las amarguras y penalidades que la infancia causa á la maternidad, no es comun se olviden las lecciones que en la niñez y en la juventud se reciben. Son semillas esparcidas en la tierna imaginacion de los niños, que dan mas adelante preciados frutos, y entonces se saborea su utilidad.

La educacion física y la intelectual tienen en la madre el primer instructor. Se halla aun el niño en sus brazos, y ella empieza á dirigir sus primeros pasos y á enseñar las primeras palabras: ella comienza á corregir los primeros defectos, y prescribe los fáciles deberes, que aprende mejor el niño que el hombre.

Este es el tema constante de la mayor parte de las obras de educacion, y sin embargo, en todas se declama, en todas se dan reglas, se imponen preceptos, y en casi todas se olvida lo mas esencial, que es hacer comprender á la madre su deber, ilus-

trar su inteligencia, guiar su razon, y hacer que su tarea, en vez de parecerle espinosa, la considere como una consecuencia de su estado, pero una consecuencia muy natural y sencilla, muy fácil á su imaginacion, dispuesta siempre á obedecer su voluntad.

La madre verá entonces en su juicio el mejor guia de sus acciones y de sus consejos; sabrá apreciar no solo las obras de sus hijos, sino hasta sus intenciones, y estudiándolas, su misma inteligencia la dictará las lecciones que debe dar para corregir lo defectuoso y alentar lo bueno. El amor no será pospuesto al deber, y los resultados serán la mejor recompensa de los sacrificios que haya tenido que imponerse, de lo que haya sufrido la madre al ceder su puesto á la maestra, y una y otra serán premiadas en una misma, en la madre, que es las dos cosas á la vez.

Aunque la educacion es siempre la misma, no son iguales los medios de darla, porque no lo son tampoco las criaturas que han de recibirla. De aquí la necesidad de poner la madre mas de su imaginacion que tomado de los libros, sin que por esto desechemos estos: todo lo contrario, porque ellos enseñan á saber pensar, ellos despiertan y amaestran la imaginacion, ilustran el consejo, y dan esa brillante enseñanza que enaltece.

El desarrollo físico mas ó menos pronunciado, la inteligencia mas ó menos precoz, la robustez ó debilidad de la salud, el temperamento, todas son condiciones que deben observarse en los niños antes de comenzar á educarlos é instruirlos, y debe irse sujetando siempre á ellas la enseñanza, si no se quiere que sea infructuosa, y lo que es peor, nociva ó fatal.

Si el grande desarrollo físico de un niño aconseja no estimularle, lo mismo sucede con una inteligencia

precoz. En este caso hay que retardar la instruccion, porque todo lo que se aumente la parte intelectual, disminuye la parte fisica, y puede ser absorbida de tal manera que cause la muerte. Y en nada perjudica el retardo á la instruccion: mayor la comprension del niño, es mayor tambien el adelanto, y necesita de menos tiempo.

La inteligencia de una madre, bien desarrollada por una completa y lucida instruccion, es la mejor guia de la conducta que debe observar, es el mejor medio de que no ofusque un escetivo amor, perjudicial á sus hijos y á sí misma: escollo por cierto de los mas dificiles de evitar. A él suele impulsar el corazon que obra solo por instinto, y obedece los impulsos del amor. Mas para esto está la razon, que debe modificar los sentimientos, las inspiraciones, siempre mas amantes que prudentes.

Si aun con una grande instruccion es dificil á una madre desprenderse del exceso del cariño, si pospone su afecto á lo conveniente, si prefiere mas el derramar ella lágrimas que hacer verter una á sus hijos, ¿qué no sucederá á quien falta de esa instruccion que enseña el deber presente para conseguir el bien futuro, educa á sus hijos sin otra guia que su voluntad ó sus caprichos? ¿Cómo sabrá dirigir el desarrollo fisico é intelectual, y hacer cautivar la atencion y la imaginacion de los niños?

Y sin embargo, todo esto es del deber de una madre, porque entra en el desarrollo fisico la clase de ejercicios, los juegos, los paseos y hasta los vestidos que deben usar los niños. Así tienen que ir fortificando sus miembros y adquiriendo á la vez la agilidad necesaria. La educacion fisica no solo desarrolla las fuerzas y da robustez, sino que conserva la salud, lo cual bastaria para compensar los mayores sacrificios que pudieran hacerse, á fin de obtener tan inapreciable bien.

La educacion intelectual, á la que se puede atender á la vez que á la fisica, cultiva el entendimiento, desarrolla sus facultades, y aunque no suelen verse inmediatamente sus efectos, se preparan, como el labrador la tierra en que ha esparcido el grano, y á su tiempo se ven y se recogen sus frutos.

Nada afecta á un niño como las sensaciones que se le causan, y esto que parece á muchos insignificante, es de la mas alta importancia. Su corazon y sus sentidos se educan con ella: como es lo que mas hiere su imaginacion, debe ponerse especial cuidado en que no le sean desagradables ni fuertes; que no representen objetos repugnantes ni crueles; que sean en fin, lecciones de bondad y de moralidad.

La primera enseñanza entra mas por los sentidos

que por la razon, y se debe hablar á aquellos con el mismo especial cuidado, ó con mayor aun, porque la impresion se graba mas profundamente en la inteligencia de la niñez; así esplica mejor el niño las escenas que vé que las que le cuentan.

Lo mismo se cultiva la atencion y la imaginacion, pero ya nos irémos ocupando de todos estos asuntos, que requieren por sí solos artículos especiales, ya que no les podamos dar la estension que merecen por su naturaleza y por dirigirlos á la mujer, que practica ó ha de practicar deberes tan sagrados como gloriosos para ella, para la familia y para la sociedad.

A. PIRALA.

LITERATURA.

Á MI AMIGO

D. Juan Antonio Viedma.

*Despues de oir leer á DON EULOGIO FLORENTINO SANZ
unas traducciones de ENRIQUE HEINE:*

I.

Brotó una lágrima ardiente
De tus ojos negros, grandes,
Que rodando tus mejillas
Fué á caer sobre mi traje;
Secóse al calor del pecho,
Del pecho que aprisa late,
Desde entonces la sonrisa
Huyó de mis lábios, Lálage.

II.

Qué tristemente murmuran
Los árboles y las fuentes,
Ellos parece que gimen,
Ellas que lloran parece;
En su llanto y sus gemidos
Veo la imagen de siempre;
Dos almas desengañadas
Y dos amores que mueren.

III.

Cuando tus ojos de fuego
Posaste sobre los míos,
Y en una sola mirada
Adiviné tu cariño....
Sentí dolor y placer
Mezclados á un tiempo mismo ;
Dolor de infinitos celos,
Placer de amor infinito.

IV.

De tus rizados cabellos
Tengo una trenza guardada ;
Guardada como pudiera
Un tesoro de esperanza.
Cuando alguna vez la duda
Va á aposentarse en mi alma ,
Sobre tu rizada trenza.
Derramo abundantes lágrimas.

V.

Qué hermosa está la noche! qué blanca está la luna!
Qué oscura está la sombra del bosque secular!
Bajo ella los amores protege la fortuna!
¡ Si tú me amases! ¡ ah!

FRANCISCO VICENS.

EL INCÓGNITO.

El príncipe Jorge, destinado á reinar en la Moldavia, acababa de hacer por Europa uno de esos viajes con los cuales los presuntos herederos modernos completan su educacion. Desgraciadamente en aquel viaje á las cortes extranjeras, donde cada descanso habia sido para él una ovacion oficial, no pudo ver de los hombres y de las cosas mas que lo que habian querido mostrarle; es decir, lo que podia agradarle, y no lo que podia instruirle.

Márkos Azki, su preceptor, uno de esos aduladores cuya máxima es que para adelantar mucho, es preciso andar de rodillas, rodeaba á su régio discípulo de todo cuanto habia de halagar su orgullo.

Por mas que el príncipe cambiase de sitio, parecia que llevaba en pos de sí aquella atmósfera de mentira y adulacion.

Sin embargo, tenia bastante buen natural para que la sinceridad de los buenos deseos hubiera resis-

tido á esta fatal educacion. Presentándole la vida bajo falsas apariencias, no le habian privado de la facultad de ver: engañado acerca de la verdad, conservaba deseo de conocerla. En el fondo su ceguedad no era mas que ignorancia: necesitaba únicamente levantar la especie de catarata con que los cortesanos trataban de ofuscar su entendimiento.

El príncipe recibió en Grecia, último punto que se proponia visitar, la noticia de la muerte de su tío; heredaba de él la autoridad soberana, y apresuróse por lo tanto á regresar á Moldavia, remontando el Danubio. Dejó mas atrás el resto de su servidumbre, y adelantándose solo con su ayo, se propuso concluir su viaje de incógnito.

Los dos viajeros llegaron á una pequeña posada, situada á orillas del Pruth, y Márkos Azki comunicaba al príncipe las noticias que acababan de darle acerca de los medios con que contaban para continuar su viaje.

La última silla de posta habia partido una hora antes de su llegada; no se encontraba ninguna barca para alquilar, y á menos de resignarse á esperar sin saber cuánto tiempo, no quedaba otro recurso que el del barco público que conducia diariamente á los viajeros de ambas orillas.

—Bueno! dijo el príncipe, nos contentaremos con el barco público. Deseo evitar hasta la menor dilacion. Ademas, ese camino me parece el mas cómodo.

—V. A., con su habitual prespiciacia, ha comprendido en el momento las ventajas del viaje por el rio, dijo Márkos, cuya sonrisa aduladora aplaudia todas las palabras y todas las acciones de su discípulo; pero debo demostrar á V. A. los graves inconvenientes que existen. No hay en el barco mas que una cámara: V. A. va á verse confundido con los demas viajeros.

—Qué importa, Azki! Siempre os olvidais de nuestro incógnito, y concluireis por descubrirlo á todo el mundo. No puedo conseguir que me llameis Jorge lisa y llanamente.

—Perdonad, contestó el ayo, pero si me fuera permitido justificarme, diria que no es sola culpa mia. V. A. tiene un aire que no permite olvidar su alto rango, y á decir verdad, temo que todo el mundo le reconozca. Vuestro traje vulgar no puede quitaros vuestro aspecto de príncipe. Ahora mismo oia á las gentes en la posada admirarse de la belleza de vuestras facciones y de la distincion de vuestros modales.

—El posadero viendo que le oiais habrá querido complaceros, dijo el príncipe sonriendo; pero estad seguro que pondrá esa lisonja tambien en cuenta.

—En verdad, nada se escapa á V. A.! exclamó Márkos con admiracion; penetrais hasta el fondo de

los corazones.... Poner en la cuenta una lisonja!... Es una de las frases mas oportunas que he oido en mi vida! Si la oyesen en París haria furor, y mañana apareceria en todos los periódicos.

—Por favor, Márcos! Basta ya! dijo el Príncipe. Teneis hácia mí una indulgencia que se parece en extremo á la ceguedad. A qué hora llega el barco?

—Dentro de una hora. Me olvidaba de decir á V. A. que la posadera me ha infundido algun temor acerca del viaje por el Pruth; parece que los bandidos han robado varias barcas, sin contar con un naufragio reciente.

—Vamos Azki, os habeis propuesto hacerme desistir, y quereis asustarme.

—No pretendo semejante imposible; el valor de V. A. me es demasiado conocido.... he creido únicamente que debía deciros por completo la verdad. Por otra parte ya sabe V. A. que le seguiria aun cuando fuese á Siberia: no tiene V. A. mas que pronunciar el *Sic volo, sic jubeo*....

—Bien! y no acabais? continuad el verso, decid: *Sit pro rationi voluntas*: «Que vuestra voluntad supla por la razon.» Triste razon, Azki, y con la cual no espero contentarme jamás!

Márcos hizo un ademan de sorpresa.

—Permitame al menos V. A. que me admire de lo bien que recuerda el latin.

—Vos sois quien me lo enseñó, como todo.

—Por eso me envanezco de mi obra, y me atrevo á decir, que V. A. no es menos superior á los demas por sus conocimientos que por su cuna.

—Ahí está el barco, dijo el príncipe interrumpiéndole. Pasad cuentas con el posadero: dentro de diez minutos echarémos á andar.

Márcos se apresuró á obedecer, mientras su augusto discípulo le esperaba á orilla del rio.

Aunque la costumbre de oírse elogiar hubiese dado al príncipe una opinion favorable de sí mismo, tenia bastante sinceridad y buen juicio, para poner en duda la realidad de sus méritos. Los elogios que uno tras otro habia hecho su ayo de su belleza, de sus distinguidos modales, de su talento, de su valor, y de su instruccion, le dejaron un poco dudoso; no porque no hubiese querido creer en todas aquellas cualidades, sino porque sentia la necesidad de confirmarlas por experiencia.

El viaje que iba á hacer era una buena ocasion. Desconocido de todos se encontraria únicamente aprecio en su verdadero valor, y sabria al fin la verdad acerca de sí mismo.

Recomendó á Azki terminantemente que no hiciese nada que pudiese descubrirle, y subió con él al barco, que empezó á marchar contra la corriente.

Los pasajeros, en gran número, aparentaban pertenecer á todas las clases. Habia labradores, comer-

ciantes, ricos propietarios, un viejo militar aleman, y algunas jóvenes de distintas condiciones.

El príncipe vió una, cuya espresiva belleza y graciosos modales llamaron su atencion. Muchos pasajeros habian ido uno tras otro acercándose á ella para entablar conversacion, y haciéndola insensiblemente reina de una pequeña corte, donde la alegría fijaba su domicilio.

El príncipe se acercó tambien para encontrar sitio, pero contra la costumbre nadie se cuidó de él.

Quiso hablar, y el que estaba á su lado le interrumpió.

Trató de decir un chiste, y nadie se creyó obligado ni aun á sonreír.

Algo comprendió nuestro príncipe de aquella indiferencia inesperada; se resintió, é intentó vengarse con epigramas; pero la joven las rebatió con tanta finura, con tanta gracia, y con tal oportunidad, que todos los circunstantes se volvieron contra el poco afortunado gracioso.

El príncipe aburrido se vió precisado á batirse en retirada, dirigiéndose hácia una lugareña, que habiendo oido desde lejos la cuestion, se reia como los demas á expensas suyas.

—Sentáos aquí, pobre inocente, dijo la buena mujer haciéndole sitio. Habeis tropezado con quien sabe mas que vos, pero por eso no hay que apurarse. El talento es como el terciopelo, no todos lo logran; solamente debe uno saber hacerse justicia, y no buscar cuestiones á los que tienen sables de acero, cuando no se tiene mas que uno de palo.

Jorge miró á la lugareña con un asombro mezclado de despecho. La mujer se inclinó hácia él con un gesto significativo.

—Ignorais porqué esa muchacha os ha tratado tan mal, continuó sin atender al efecto que hacian sus palabras; habeis satirizado al joven Móravo sentado á su derecha; es su prometido, y las mujeres no permitimos que se ofenda á los que amamos, sobre todo cuando tienen tan arrogante figura como ese joven... Ay! amigo, á su lado haciais poco há un triste papel: vos pareceis un buen muchacho, pero él tiene todo el aire de un príncipe!

Jorge se levantó bruscamente para ir á reunirse con Márcos y el viejo militar aleman, con el cual entabló conversacion; pero se encontró con uno de esos eruditos intolerantes, que creyendo saberlo todo bien, no dejan pasar ninguna falta. Al cabo de algunos minutos, el veterano habia corregido en la conversacion de su interlocutor tres equivocaciones respecto á historia, otras tantas faltas contra los principios de la física, y no sé cuántos solecismos.

El príncipe rompió disgustado la conversacion, pero al tiempo de marcharse de allí, oyó lamentarse

al alemán, dirigiéndose á Azki, de la falta de instrucción en los jóvenes.

Hasta aquel momento la experiencia le había sido poco favorable: la opinión de su ayo, acerca de su talento, de su distinción, de su instrucción y de su belleza, no parecían haber hecho muchos prosélitos. Encontró la lección mas dura de lo que esperaba, y no pudo menos de sentir cierto despecho.

Descender de un pedestal es siempre penoso, aun para los mas modestos: así es que nuestro príncipe fué á sentarse cerca de la proa, de bastante mal humor.

Empezaba á caer la noche, y las orillas del río no se distinguían sino vagamente.

La mayor parte de los viajeros habían abandonado la cámara atraídos por el fresco de la noche. El barco se internó en un sitio donde el río se estrechaba entre dos islas, cuyos árboles interceptaban los últimos rayos de luz. Cuando llegaban al paraje mas estrecho, tres barcas salieron repentinamente de entre los sauces, que casi las cubrían en ambos lados, y se dirigieron rápidamente hácia el barco. En el momento en que el timonero los vió, lanzó un grito de alarma.

—Los bandidos!

Pero aun no había acabado, cuando las barcas abordaban, y una docena de hombres se precipitaban sobre el puente.

Hubo entonces entre los pasajeros un instante de confusión y de terror, del que los piratas se aprovecharon para despojar á los mas opulentos de su dinero y sus alhajas. Entraban ya á la cámara á apoderarse de los equipajes, cuando el joven Móravo, que estaba allí, al lado de su prometida, salió bruscamente con el sable en la mano, escitando á sus compañeros á la defensa.

El príncipe, sobrecogido en un principio como todo el mundo, oyó su llamamiento, y lo repitió, arrojándose sobre uno de los bandidos.

Su ejemplo fué seguido por los marineros primero, y en seguida por los viajeros, de tal modo, que despues de una refriega que duró algunos instantes, los piratas vencidos, saltaron á sus barcas y desaparecieron á fuerza de remos.

El combate fué reñido, pero bastante corto, para que no hubiese ninguna muerte que deplorar: todo se redujo á algunas heridas.

La que el príncipe recibió en el brazo, sin ser peligrosa, le hacía perder mucha sangre.

La prometida del joven Móravo se ocupaba en vendársela con su pañuelo, cuando el ayo, que había desaparecido desde el principio de la refriega, salió con precaución de entre un rollo de estera que servía de toldo durante el día.

Al ver al príncipe á quien acababan de curar:

—Dios mío! exclamó, S. A. herido!!

—No es nada, respondió el príncipe sonriendo; pero Azki, de dónde sales?

En lugar de responder, el ayo se acercó á él haciendo mil exclamaciones de desesperación.

—Cómo! miserables se han atrevido á poner las manos en S. A.! S. A. está lleno de sangre! Pronto, piloto, abordad en el primer pueblo! Traed un médico; traed medicinas! Es el príncipe Jorge, señores; tened en cuenta que respondeis de la vida de vuestro soberano!

Al oír esta declaración, prurupieron todos en un grito general de sorpresa, seguido de un respetuoso silencio. Los viajeros se retiraban descubriéndose: Márcos Azki se acercó juntando las manos y levantando los ojos al cielo.

—¿Con qué esto ha sido por culpa de S. A.? No ha querido mas que dejarse llevar de su valor. Cuando todos huían, el príncipe solo ha hecho frente á los bandidos, y es á él á quien debemos nuestra salvación?

—Os engañais, Márcos, dijo el Príncipe con acento severo: he cedido en el primer momento al terror, como todos.

Despues tomando por la mano al joven Móravo:

—Ved aquí, al que ha combatido primero, añadió con expansión; su arrojo nos ha servido de ejemplo; acaba de probarnos, que por su valor como por todo lo demás, tiene derecho á ocupar entre nosotros el primer lugar.

El recuerdo de este día no se borrará nunca de mi memoria, en él he conocido lo que es un Príncipe reducido á sí mismo. Una linda joven me ha curado por completo de mis pretensiones de talento; un anciano militar me ha demostrado mi ignorancia; un bizarro extranjero, que me ha sobrepujado en valor, y una prudente señora me ha confesado, que solo tenía el aire de un buen muchacho. En adelante lo recordaré; procuraré conservar mis derechos á esa opinión, y no olvidaré jamás la lección que he recibido, gracias á mi incógnito! (Traducción.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

DE LOS ADORNOS.

Entre todas las preocupaciones de las mujeres, ninguna las es tan perjudicial como la idea de que sus vestidos, sus joyas y sus afeites las hermosean. Esta creencia las mueve á gastar grandes sumas en galas, no siempre cómodas; aprisiona sus piés en un calzado que los estropea dolorosamente; oprime su cuerpo con un corsé, que destruyendo sus for-

mas, arruina su salud, y las impulsa á revocarse el rostro, como la fachada de una casa antigua, con mejunjes, que roban á la tez su frescura y su color. Ni este error es solo suyo: tambien nuestro sexo participa de él. Podríamos llamarle por lo tanto el comun error de la humanidad.

En efecto, á pesar de que todos los autores están contestes, y nadie les contradice (gracias acaso á que los animales no pueden hacerlo), en que el hombre es el mas bonito de todos los seres de la creacion, el hombre mismo es el único de todos los seres de la creacion que no está contento con su figura, y que no perdona medio de cambiarla; así es que desde los etíopes y los egipcios, que se pintaban de negro algunas partes del cuerpo, y desde los romanos que se pintaban de rojo, hasta las mujeres de oriente que se tiñen los dedos de anaranjado, y las mingrelianas, que estampan en sus mejillas rayas azules y negras, no ha habido gasto, molestia ni dolor á que los hijos é hijas de Adán no se hayan resignado para desfigurarse. Los habitantes de la Nueva Zelanda gastan años y años en picar dolorosamente las partes mas delicadas de su cuerpo; los negros se rasgan la piel en todos sentidos, ó se hacen grandes quemaduras; el hotentote usa para su tocador cuantas cosas sucias puede haber á mano, y nosotros los europeos, dando cortes caprichosos á nuestra cabellera, laboreando nuestro rostro con la barba, que ya cortamos de modo que figure los huesos de dos chuletas pegados á nuestras mejillas; ya la rasamos, dejando solo una pequeña pera ó una *mosca* pendiente de nuestro lábio; y vosotras las europeas, agujereándoos las orejas, y dando á vuestro cuerpo una forma, no solo diversa de la natural, sino peligrosa para la salud por medio del corsé, no somos mas cuerdos que ellos.

Al mandar hacer nuestros mismos trajes en que fundamos nuestra vanidad, á que muchos dan mas importancia que á quien los lleva, rara vez nos proponemos como primer objeto que sean cómodos, antes de eso pedimos que sean bonitos, dejando al arbitrio de la Moda el señalar cuando lo son y cuando no, y como la moda es caprichosa, como parte por lo que tiene de mujer, y parte por el interés de los sastres y modistas, gusta de cambiar de parecer todos los días; los vestidos bellísimos ayer nos parecen hoy ridículos, como los de hoy nos lo parecerán mañana. Cierta gracioso del teatro francés era notable sobre todo por la originalidad de sus sombreros, cuya vista arrancaba siempre aplausos y carcajadas á los espectadores, otro gracioso le preguntó un día—¿dónde compráis vuestros sombreros? y el interpelado contestó:—No los compro, los guardo. Si hoy nos presentásemos en un salon con el traje mas de moda á principios de este siglo, ¿no haríamos reir como el

gracioso citado? De modo que gastamos nuestro dinero, nuestro tiempo y nuestra paciencia para parecer ridículos á seis ó siete años de distancia.

Esto basta para probar cuán errada es la opinion de los que creen que el traje embellece á las personas, sobre todo á las mujeres; pero conviene probar que sucede exactamente lo contrario, á saber: que las mujeres embellecen el traje. Hoy al ver en algunos cuadros, y en la portada de algunas novelas, las jóvenes vestidas con el tallecito debajo del brazo, no podemos contener una sonrisa, y sin embargo nuestras abuelas no eran menos vanidosas que nuestras hermanas; si se ponían aquellos trajes, que les incomodaban al andar por lo estrechamente estrechos, y si los rodeaban de perdigones á riesgo de lastimarse las piernas, lo hacían por embellecerse. Nuestros abuelos no eran menos delicados en materia de gusto que nosotros, y encontraban á aquellas mujeres adorables; es mas, las hubieran creído ridículas con los trajes que ahora usa el bello sexo, y ellos que tanto se burlaban de los tontillos, no hubieran escaseado sus epigramas al miriñaque. ¿Cómo aquellos trajes podían parecer bien? Cómo los de hoy podrán parecer mal? Porque las mujeres que los llevaban los embellecían como embellecen hoy los que usan, porque los hombres amaban aquellos trajes, no por lo que eran en sí, sino porque los llevaban ellas, como hoy porque ellas los llevan amamos los que son de moda. Quitad al traje el adorno de la mujer, y queda como es en sí, muy ridículo.

Y si es la mujer la que embellece el traje, y no el traje á la mujer, si ella es la que hace favor, y él quien lo recibe, ¿por qué la mujer ha de ser esclava del traje y no él de ella? No debían todas, puesto que no hay peligro, resolverse á hacer lo que su interés las dicta, esto es, no dejarse dominar por las telas, y pedir antes que todo á sus vestidos que fuesen cómodos? Así debía ser sin duda, pero escrito está que el hombre se ha de afanar con gusto en todo lo que el afanarse sea escusado, dejando por hacer cuanto verdaderamente le interese, y la mujer es de la pasta del hombre; por eso gastan uno y otro su inteligencia en buscar adornos que realzen sus gracias, cuando sin ellos estarían mas desahogados, y acaso agradasen mas.

C. RUBIO.



LABORES.

Los rayos del sol van perdiendo, querida Sofia, su abrasadora fuerza; los árboles se van despojando de su verde ropaje, estamos en pleno Otoño, y estos son los días en que nosotras principiamos ya á ocuparnos con formalidad de nuestras labores.

Para empezarlas, te envío el abanico de chimenea que va ocupando el primer lugar en el *Grabado de Labores*, el que debes hacer con torzal de un solo color, forrándole con tafetan ó grós, de otro que corte, y haga resaltar el dibujo, entre los calados que lo forman.

A continuacion llevas su explicacion detallada, suponiendo no olvidarás que, como de costumbre, los puntos que van entre los asteriscos ó estrellas, son los que se deben repétir en la vuelta.

Abanico de mano, para ejecutar á crochet.

Se hace una cadeneta de ocho puntos, y se reúne el último al primero para trabajar en redondo.

1.^a *Vuelta*.—2 ps. s. en cada punto de la vuelta anterior.

2.^a—1 bar. sobre el primer punto, * 2 p. s. 1 bar. sobre el punto que sigue *, y se vuelve á la señal, debiendo quedar en esta vuelta 16 barras.

3.^a—1 p. sobre cada uno de la vuelta que precede.

4.^a—*1 bar. sobre la barra de la segunda vuelta, 4 p. s.*

5.^a—*2 bar. sobre la primera barra de la vuelta anterior, 4 p. s., 1 bar. sobre la barra que sigue, 4 p. s.*

6.^a—*1 bar. sobre cada una de las dos barras juntas de la vuelta anterior, 1 bar. sobre el punto que sigue, 5 p. s., 1 bar. sobre la barra aislada de la vuelta anterior, 5 p. s.*

7.^a—*1 bar. sobre la primera de la vuelta que precede, 1 bar. sobre cada uno de los 4 p. siguientes, 5 ps. s., 1 bar. sobre el segundo punto sencillo que sigue á la barra aislada, 5 ps. s.*

8.^a—*1 bar. sobre la tercera de la vuelta que precede, 1 bar. sobre cada uno de los 4 ps. siguientes, 6 ps. s., 1 bar. sobre el segundo punto que sigue á la bar., 6 ps. s.*

9.^a—*1 bar. sobre la tercera de la vuelta anterior, 1 bar. sobre cada uno de los 6 ps. que si-

guen, 6 ps. s., 1 bar. sobre el tercer p. que sigue á la otra bar., 6 ps. s.*

10.—*1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, 5 ps. s., 1 bar. sobre la cuarta, 1 bar. sobre cada uno de los 7 p. siguientes, 7 ps. s., 1 bar. sobre el segundo p. que sigue á la bar., 7 ps. s.*

11.—*1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, 7 ps. s., 1 bar. sobre la barra siguiente, 5 ps. s., 1 bar. sobre la cuarta que sigue., 1 bar. sobre los 15 ps. siguientes.*

12.—4 ps. s., *1 bar. sobre el tercer punto de la vuelta anterior, 1 bar. sobre cada uno de los dos siguientes, 4 ps. s., 1 bar. sobre el tercer p., 4 ps. s.*

13.—1 bar. sobre cada una de las tres primeras de la vuelta anterior, * 5 ps. s., 1 bar. sobre el p. s. que precede á la barra siguiente, 5 ps. s., 1 bar. sobre cada uno de los dos ps. que preceden á las tres barras, 1 bar. sobre cada una de las tres que siguen.*

14.—1 bar. sobre cada una de las tres primeras, * 5 ps. s., 1 bar. sobre el p. s. que precede á la barra aislada, 5 ps. s., 1 bar. sobre cada uno de los dos puntos que preceden á las barras, 1 bar. sobre cada una de las cinco que siguen.*

15.—1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, * 5 ps. s., 1 bar. sobre el cuarto p. s., 5 ps. s., 1 bar. sobre el p. que antecede á las 7 bar., 1 bar. sobre cada una de las 6 que siguen.*

16.—8 ps. s., 1 bar. sobre el segundo p. s. despues de la primera bar., 5 p. s., *1 bar. sobre cada uno de los tres ps. que preceden á las bar., 1 bar. sobre cada una de las 6 siguientes, 6 ps. s., 1 bar. sobre el punto que antecede á la barra aislada, 6 ps. s.*

17.—1 bar. sobre el cuarto punto de los ocho sencillos, 5 ps. s., *1 bar. sobre cada uno de los cuatro puntos que anteceden á las bar., 1 barra sobre cada una de las cinco siguientes, 7 p. s., 1 bar. sobre el tercer punto sencillo despues de las barras, 7 p. s.*

18.—1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, * 8 ps. s., 1 bar. sobre la sétima de las nueve anteriores, 8 ps. s., 1 bar. sobre el p. s. que antecede á la bar., 1 bar. sobre cada uno de los tres ps. siguientes.*

19.—1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, 1 bar. sobre cada uno de los tres puntos siguientes, * 9 ps. s., 1 bar. sobre cada uno de los

tres puntos que anteceden á las cuatro barras, 7 bar. en los siete puntos siguientes.*

20.—1 bar. sobre la primera de la vuelta precedente, 1 bar. sobre cada uno de los cinco ps. que siguen, *5 ps. s., 1 bar. sobre cada uno de los tres puntos que anteceden á las barras, 1 bar. sobre cada una de las tres siguientes, 5 ps. s., 1 bar. sobre cada una de las tres últimas barras, 1 bar. sobre cada uno de los tres puntos que siguen.*

21.—1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, *6 ps. s., 5 bar. sobre los cinco ps. s. de la vuelta anterior.*

Terminado con esta vuelta el abanico, le forras de raso azul ó carmesi si le has hecho con torzal negro, ó con blanco, si con azul ó lila, que en todas estas combinaciones estaria lindo. Le coses á un circulo de alambre que tenga el mismo diámetro que la labor terminada, y le pones todo al rededor una felpilla y un fleco que case con el color del abanico. Completa esta labor un mango de ébano ó marfil.

El otro modelo, amiga mía, es una cubierta para tu banqueta de piano. Ya ves como no olvido nada de cuanto te rodea.

Para tí, que tantas labores de crochet tienes hechas, estoy segura de que sobra toda esplicacion que quiera darte de la que nos ocupa, que es en extremo sencilla. Debo sin embargo decirte, que despues de concluida la estrella del centro, van dos ó tres vueltas de barras separadas por algunos puntos, sencillos entre sí, los cuales debes ir aumentando en cada vuelta para que á medida que va creciendo el diámetro, vaya teniendo el número suficiente de puntos y quede perfectamente sentado. Despues repartes los puntos y empiezas los rayos que marca el modelo, los cuales principian por tres barras y acaban por una. Haces de fondo calado lo necesario hasta que falte poco para cubrir la banqueta, y luego copias la cenefa de punto cuadrado, y por último, le añades una puntilla, de crochet tambien, de las muchísimas que ya tienes en tu poder.

Esta labor debes hacerla con algodón núm. 25.

Pasemos ahora al pliego de dibujos del día 30 del pasado, en el cual iba una gorra de dormir tan sencilla, que solo tienes que bordar el modelo á feston y pasado, y ponerle en la parte que forma la circunferencia una jareta interior, por la que se pasa una cinta que riza aquella parte y da for-

ma á la gorra, debiendo estirla siempre que se plancha.

El cuello y puño, que van guarnecidos de un encaje, son tan sencillos como elegantes, y los puedes bordar bien al pasado, bien al minuto ó punto de armas.

Las dos puntas de pañuelo son de un gusto y riqueza estrordinarios, y con decirte que el uno es para plumetis y el otro para aplicacion de batista sobre tul, no necesitas mas indicaciones de mi pobre inteligencia.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

MODAS.

Aunque frecuentemente hemos reprobado en nuestras revistas las exajeraciones en el vestir, que mas bien que Moda son ridiculeces é infracciones del buen gusto, no podemos, sin embargo, estar completamente conformes con el artículo de nuestro amigo el señor D. Carlos Rubio sobre *los Adornos*. Filosóficamente considerados podrán reprobarse estos, pero son y han sido de todos tiempos, y si con ellos se paga un tributo al capricho y á la vanidad, tambien refluyen en beneficio de la industria, siendo el canal por donde lo supérfluo del rico viene á servir para satisfacer las necesidades del pobre.

Esta digresion, y el largo espacio que ocupa nuestra seccion de labores, nos priva de estendernos en la de Modas, ó mas bien nos saca de un apuro en esta época de transicion. La Moda de Verano nos abandona, y la de Invierno aun no ha llegado, porque regresando de sus viajes, confundida con nuestras bellas fugitivas, no encuentra asiento en ninguna de las diligencias. La noche menos pensada la vereis, amables lectoras, apearse de una de aquellas, y no será extraño que, con sus hábitos de coquetería, se os aparezca ataviada con gusto, como para una partida de campo. Sobre un traje de tela de mezcla, de falda lisa, con anchas rayas atravesadas, llevará tal vez un *albornoz imperial*, compuesto de listas alternadas, unas de paño, color oscuro, y otras escocesas; siendo de este género el capuchon, por fuera, y liso por dentro, y su forma de dos puntas, terminada cada una por una borla de seda, y otras dos, una sobre otra, en el intermedio. Un sombrero de fieltro, gris, de ala redonda, á lo Montpensier, adornado de una pluma negra, y con su blonda al rededor, completará probablemente este traje.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.